

No me precio de entendido,
de desdichado me precio,
que los que no son dichosos,
¿ cómo pueden ser discretos?

No puede durar el mundo
porque dicen, y lo creo,
que suena á vidrio quebrado,
y que ha de romperse presto.

Señales son del jüicio
ver que todos le perdemos,
unos por carta de más,
otros por carta de ménos.

Dijeron que antiguamente
se fué la virtud al cielo:
tal la pusieron los hombres,
que desde entonces no ha vuelto.

En dos edades vivimos
los propios y los ajenos,
la de plata los extraños,
y la de cobre los nuestros.

¿ A quién no dará cuidado,
si es español verdadero,
ver los hombres á lo antiguo
y el valor á lo moderno?

Todos andan bien vestidos
y quéjase de los precios:
de medio arriba romanos,
de medio abajo romeros.

Dijo Dios, que comeria
su pan el hombre primero
en el sudor de su cara,
por quebrar su mandamiento.

Y algunos inobedientes
á la vergüenza y al miedo
con las prendas de su honor
han trocado los efectos.

Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos:
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.

Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento,
la mejor vida el favor,
la mejor sangre el dinero.

Oigo tañer las capanas,
y no me espanto, aunque puedo,
que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.

Mirando estoy los sepulcros,
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua,
que no lo fueron sus dueños.

¡ Oh, bien haya quien los hizo!
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños.

Fea pintan á la envidia:
yo confieso que la tengo
de unos hombres, que no saben
quién vive pared en medio.

Sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas, ni cuentos,
cuando quieren escribir
piden prestado el tintero.

Sin ser pobres, ni ser ricos,
tienen chimenea y huerto;
no los despiertan cuidados,
ni pretensiones, ni pleitos.

Ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño,
nunca, como yo, firmaron
parabien, ni pascuas dieron.

Con esta envidia que digo,
y lo que paso en silencio,
á mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

EL JUDÍO EN EL ZARZAL.

(Cuento aleman).

Tenia cierto hombre rico un criado que le servia con la mayor fidelidad: todas las mañanas era éste el primero á levantarse, siendo por la noche el último que se acostaba. Cuando ocurría algun trabajo difícil que hacia retraerse á los demás domésticos, él le emprendia sin vacilar un momento. Jamás se quejaba; siempre se mostraba satisfecho, siempre alegre.

Cuando cumplió el término de su contrato, el amo se abstuvo de satisfacerle su salario, diciéndose para su capote:

—Por este medio hábil consigo dos objetos: guardar mi dinero y conservar el criado, que por no perder su soldada continuará como hasta aquí á mi servicio.

El fiel doméstico no reclamó, y el segundo año aconteció exactamente lo mismo que el primero; no recibió el criado su paga, pero nada dijo sin embargo y permaneció siempre en la casa.

Al terminar el tercer año el amo pensó pagar su deuda, y metiendo la mano en su bolsillo, sacóla otra vez vacía. El pobre sirviente se decidió por fin á decirle:

—Señor, yo os he servido fielmente durante tres años, sed vos á vuestra vez bastante bueno para darme lo que legítimamente me pertenece. Deseo marcharme y correr mundo.

—Sí, sí, le contestó el avariento: tú, amigo mio, me has servido muy bien, y serás por lo mismo bien pagado.

Y sacando de su bolsillo tres reales, los cuenta y se los entrega al criado, añadiendo:

—Míralo bien: te doy un real por cada año: esto constituye una bonita suma y uno de los salarios que difícilmente hubieras podido ganar en casa de otro.

El pobre muchacho que no conocia mucho la moneda, tomó aquellos cuartos, y se dijo:

—Héme aquí con los bolsillos repletos: no tendré razon en adelante para pasarlo mal.

Y rebosando el corazon de alegría, cantando y saltando se puso en camino por montes y por valles. Al pasar cerca de unos matorrales espesos, encontró un hombrecillo que le dijo: ¿ A dónde bueno hermano saltimbaquis? Segun veo no te apuran gran cosa los cuidados.

—¿ Por qué habia yo de estar triste, responde el mozo: soy rico: como que van sonando en mi bolsillo los salarios de tres años.

—¿ Y cuánto importa tu tesoro, le preguntó el hombrecillo?

—Tres reales de buena moneda y bien contados.

—Escucha, pues, le dice el enano: yo soy un pobre hombre que yace en la miseria: dame esos tres reales. Yo no puedo trabajar, mientras que á tí, jóven como eres, te sera muy fácil ganarte el pan.

El muchacho tenia buen corazon: movióle á piedad aquel hombrecillo, y le dá los tres reales diciendo:

—Ahí los tienes por el amor de Dios: yo sabré buscármela.

El enano entonces le dice:

—Tienes buen corazon: forma tres deseos: uno por cada real de los que me has dado, y los verás cumplidos.

—¡ Ah, ah! exclamó nuestro mozo: ¡ te mezclas en brujerías! Pues bien, si ha de ser, deseo por el pronto una cerbatana que dé siempre en el blanco: despues un violin que haga bailar por fuerza á cuantos le oyeren; y deseo, por último, que siempre que yo dirija una peticion á cualquiera, no pueda negármela.

—Vas á tenerlo todo en seguida, dice el enano, y entreabre un matorral: el violin y la cerbatana se encontraban allí como si se hubiesen expresamente colocado: tomándolos, pues, de aquel sitio, los entrega á su interlocutor, añadiendo: cuando pidas alguna cosa, nadie en el mundo podrá rehusártela.

—¿Qué más puedo apetecer yo ahora? dijo el muchacho, y volvió á ponerse en camino alegremente.

Un poco más allá encuentra un judío con sus largas barbas de chivo, que estaba parado escuchando como cantaba un pajarillo en las ramas altas de un árbol.

—¡ Poder de Dios! exclamaba: mentira parece que un bichillo tan pequeño tenga una voz tan grande. ¡ Con cuánto gusto le cogeria! pero si, ¡vaya usted á eucarle mano á la cola!

—Si no es mas que eso, dijo el mozo caminante, pronto verás abajo al pajarillo; y en seguida le dirige la puntería con tal acierto, que cae el pobre revoloteando sobre un zarzal espeso que habia al pié del árbol. El muchacho añadió entonces, dirigiéndose al judío: Anda, miserable, y recoge tu pájaro.

El judío se puso en cuatro pies para entrar más fácilmente en el matorral espinoso. Luego que se encontró bien en medio, nuestro muchacho, para darle una broma, aunque algo pesada, se puso á tocar el violin. En seguida el hombre de la larga barba se endereza sobre sus piernas y comienza á saltar. Pero las zarzas desgarraban los guñapos del judío, le rastrillaban la barba y le ensangrentaban todo el cuerpo. ¡ Ah! gritaba el desgraciado: ¿qué pretende de mí esa música? Deja allá tu violin: yo no quiero bailar.

Pero el mozo continuaba su musical tarea, pensando para sí: tú has desollado bastantes infelices, págalo ahora en el zarzal.

El judío saltaba cada vez á mayor altura, y los girones de su vestido quedaban prendidos de las espinas.

—¡ Infeliz de mí! gritaba: yo te daré cuanto tú quieras: si dejas de tocar, te prometo un buen bolsillo de oro.

—Una vez que te muestras tan generoso, respondió el muchacho, voy á suspender la música; pero no puedo excusarme de decirte que bailas primorosamente. Dichas estas palabras, recoge la bolsa ofrecida y continúa su camino.

El judío le mira partir, y en cuanto le hubo perdido de vista, comenzó á gritar con todas sus fuerzas.

—¡ Musiquillo miserable! ¡ Violin de taberna! como yo te vuelva á echar la vista encima, yo te aseguro que te he de hacer correr hasta que te quedes sin suela en los zapatos: ¡ maldito canalla, que no vales dos cuartos! con otras injurias que su imaginacion le sugería. Luego que se hubo calmado un poco con tales desabogós de su cólera se apresuró á presentarse al juez de la villa inmediata.

—¡ Señor, vengo á que me hagais justicia! Ved de qué manera he sido despojado y maltratado en el camino real. Las mismas piedras de la carretera hubieran tenido piedad de mí. Desgarrado mi cuerpo; robada mi bolsa con cuanto dinero tenia en ella: ochentines de ley, relucientes todos como un sol. ¡ Por el amor de Dios! haced que prendan al culpable.

—¿ Es acaso algun soldado, pregunta el juez, qué tal debe ser cuando así te ha puesto á fuerza de sablazos?

—No tenia espada, respondió el judío, pero llevaba una cerbatana á la espalda y un violin al costado. El bribon puede ser reconocido por estas señas.

El juez envia á sus alguaciles en persecucion del delincuente

el cual proseguia tranquilamente por la carretera. No fué, pues, difícil á los mandatarios de la justicia, dar con el bravo mozo, á quien detuvieron y registraron, encontrando sobre él la bolsa repleta de oro.

Cuando hubo comparecido delante del magistrado:

—Yo no he tocado al judío, alegó en defensa propia, yo no le he quitado su dinero, sino que él me le ha dado con espontánea voluntad para que dejase de tocar el violin, porque mi música no le hacia maldita la gracia.

—¡ Dios me proteja! gritó el judío, ¡caza las mentiras al vuelo como las moscas!

—El juez no se determinó á creer al mancebo y dijo:

—Vé aquí una mala defensa; los judíos no dan su dinero por tan poca cosa.

Y en seguida condenó al acusado al patíbulo, como salteador de caminos.

Cuando conducian al infeliz á la horca, todavía gritaba el judío:

—Anda, canalla; músico de pega: así se pagan méritos como los tuyos.

El mozo sube serenamente la escalera con el verdugo, pero llegado al último peldaño se pára, y volviéndose al juez le dice:

—Os pido, señor, que me otorgueis una gracia, antes de que muera.

—Concedida, respondió el juez, á no ser que pidas la vida.

—No pido la vida, replicó el mozo, sino que me dejéis únicamente ejecutar por última vez, algunos acordes sobre mi violin.

Al escuchar tal peticion, el judío lanza un grito de angustia exclamando:

—¡ Por amor de Dios! ¡ no le permitais semejante cosa! ¡ no se la permitais!

—¿ Por qué negarle este último capricho? repuso el juez; le asalta este postrer deseo y despues el infeliz no volverá á tocar mas.

El juez por otra parte, no podia rehusarle esta gracia á causa como se recordará, del don concedido por el enano al mozo, de conseguir lo que pidiera.

El judío empezó á gritar: ¡ atadme bien, sujetadme por Dios!

El mancebo tomó su violin, y al primer golpe del arco, todos los circunstantes como movidos por un solo resorte comenzaron á moverse, el juez, el escribano, los alguaciles y los ayudantes del verdugo: la cuerda se escurrió de las manos del que acudió á atar al judío, segun él lo pedia. Al segundo golpe, todos levantaron las piernas y el mismo verdugo abandona al reo para entrar en danza. Al tercero todos bailaban ya frenéticamente, dando grandes saltos, y el juez y el judío á la cabeza brincando mas alto que ninguno. En fin, el baile se hizo general y arrastra á todos los espectadores, gordos y flacos, jóvenes y viejos, hasta los perros se enderezaban sobre sus patas traseras y danzaban así: cuanto mas tocaba el mozo mas piruetas hacian los bailarines. Las cabezas se chocaban ya unas con otras y la multitud empezó á gemir lastimosamente sin cesar por eso en su violenta pantomima.

El juez falto de aliento, exclamaba: te concedo el perdon; cese tu música; oyendo lo cual el guapo mozo colgó su violin de la cintura y descendió de la escalera del suplicio. Acércase al judío que estaba jadeante, derribado en el suelo, y haciendo esfuerzos sobrehumanos para recobrar la respiracion:

—Vaya, bribon, le dijo, confiesa dónde has adquirido tú aquel oro, ó vuelvo á tomar mi violin y empieza la fiesta de nuevo.

—Le he robado, le he robado, prorrumpe el judío, en tanto que tú le habias ganado en buena ley.

Esto bastó para que en seguida el magistrado mandase prender al judío y le condenase como ladron.

(De los hermanos Grimm.)